Alocución del Presidente.

SEÑORES:

Por indulgencia y bondad tan grandes que nunca podrá pagar cumplidamente mi gratitud, he ocupado por tercera vez el honrosísimo de la presidencia de esta Academia, que el año que hoy se inaugura estará bajo la acertada dirección de nuestro meritísimo consocio, el Sr. Ulises Valdés, según prescripción reglamentaria.

La encumbrada distinción con que fui favorecido—no galardonado, pues carezco de méritos para ello—me obligaba y otorgó energías para luchar porque la Academia saliese airosa

de las dificultades que se presentaron en su camino, y juzgo estar dentro de los límites de la verdad pura, al afirmar que en nada se ha mermado el nombre de la corporación y, al contrario, se ha levantado un poco.

Al asentar lo anterior no desconozco ni olvido que es defecto común de personas y agrupaciones, creerse abastadas de valiosísimos elementos de adelanto y siempre lográndolo, y tampoco ignoro que aun cuando se pugne por sustraerse a la influencia de la atmósfera en que se alienta, es casi imposible alcanzarlo de modo absoluto, por pujantes que sean los esfuerzos empleados para conseguirlo; pero me parece incontrovertible que no es por la presión dañina de ese defecto, sino por la nítida exactitud de los hechos reales, por lo que puede y debe asegurarse lo que he dicho.

En la reseña que acabais de escuchar, habeis visto que sin tregua ha trabajado la Academia, y si se consideran en conjunto los acontecimientos ocurridos, sin examinar aisladamente tal cual pormenor, por interesante que pueda ser, se advierte que este período de labores difiere de la mayoría de los otros en que a pesar de ser hartos e importantes los asuntos estudiados y no sólo técnicos sino también económicos, y a pesar de haber dedicado mucho tiempo a las sesiones, los debates han sido muy más breves de lo que han solido en esta Academia, y esto en la época en que fuera de ella los espíritus se han mostrado más exaltados que habitualmente y ha habido exagerado vicio de comentar y de emitir opiniones.

No es mi propósito presentar alguna explicación probable del hecho y juzgo difícil exponer una opinión atinada sobre su utilidad o perjuicio, pues sin asomo de duda tiene su pro y su contra, tan relacionados con las causas como con los resultados de tal acortamiento; pero quizá no sean ociosos unos cuantos razonamientos.

Frente a frente del conocidísimo y con exceso manoseado aforismo que asegura que de la discusión nace la luz, ha surgido la afirmación opuesta, y en este año académico, tratándose de uno de los asuntos más importantes que se estudiaron, oímos opinar que son inútiles los debates.

No debe sorprender que afirmaciones tan de lleno en lleno opuestas tengan partidarios y razones a su favor, aunque de

desigual índole e importancia, como tampoco debe llamar la atención que los adeptos a cada una la juzguen tan manifiestamente cierta, que declaren ocioso exponer sus fundamentos y atacar los de la opuesta; pero si tales personas meditan con calma y recuerdan que el pensamiento propio es a menudo distinto del ajeno; que lo que uno juzga incuestionable otro lo ve dudoso y un tercero lo considera inadmisibile: que en la vida real no sólo debe uno observarse a sí mismo y atenerse a sus ideas y sentimientos, sino también tener en cuenta, en mucho, las de otros, y que únicamente las explicaciones amplias y claras pueden conseguir casar las encontradas opiniones, se llegará a la persuasión de que es provechoso poner de manifiesto los considerandos en que ha de apoyarse la solución de la dificultad, nula en concepto de unos, grande y aun invencible en el de otros, que lozaneean de discretos tanto como los primeros.

Desde luego se advierte que la divergencia en las opiniones estriba en que se considera el asunto desde puntos de vista distintos. En abstracto, la única manera de adquirir firme conocimiento de la verdad es analizar sus pruebas, examinarlas con detención, pesarlas en las exactas balanzas de la Lógica; es decir: examinar o discutir, ya que la discusión sea efectuada por una sola persona, ya que sea realizada por varias; pero sin discusión no puede haber conocimientos sólidos y fundados: existirán prejuicios, surgirán ideas inspiradas por la fe, miradas con los ojos cubiertos por la venda de la ignorancia o la muy más tupida del capricho; pero no habrá conocimientos seguros.

El análisis, forzosamente acompañado de correcta observación, es el pórtico de la ciencia, y el que se retrae de pasar por él renuncia a penetrar en el templo de esa augusta soberana.

Mas a pesar de la notoriedad de estas verdades, en cierto modo es defendible la tesis contraria, ya que en concreto se nota que a menudo las discusiones, por defectuosísimas, no conducen a lo cierto, sea porque las pasiones ponen grillos al pensamiento, sea porque le extravían y alejan del sendero recto que lleva a la verdad, o porque aun sin influjo de las pasiones la inteligencia carece de posibilidad de trabajar con buen éxito, ora atáxica por mala educación del criterio, ora parética por deficiencia del material de que se dispone para juzgar. De todo lo cual se colige, sin asomo de vacilación, que determinadas

discusiones son inútiles; pero como, correctas, constituyen el único e ineludible recurso para conquistar la verdad, se deben emplear siempre, pugnando con ahinco por depurarlas de los defectos que las privan en ciertos casos de los benéficos resultados que se esperan de ellas y realmente pueden dar.

Discutir intachablemente, como realizar bien cualquier otra obra intelectual, es cualidad que no está al alcance de todo el mundo; al contrario: es preciosísima prenda espiritual que escatima sus favores y enriquece y levanta a muy pocos. Pero si escasos son los que la poseen, todos deben afanarse por conquistarla, y sin duda para ello han de bregar, ante todo y principalmente, por conocer los propios defectos y evitarlos.

El que más se advierte en el seno de sociedades de la índole de la Academia, consiste en el olvido del punto a discusión y, por deseo de sacar a plaza conocimientos, notables a las veces, pero impertinentemente mostrados, o por otras causas, a menudo ocultas, divagar, echarse por los cerros de úbeda y extraviar en ellos a todas las personas que han tomado parte en el examen del asunto que se estudia, pues son contadísimos los vigorosos privilegiados espíritus que saben resistir el brioso empuje del desorden.

Cuando tal resistencia es eficaz, las discusiones son mucho más breves que en las opuestas circunstancias, y si, como deo y presumo, por haberse acercado a tan hermosísimo ideal han sido en este período académico más cortos los debates, debemos congratularnos.

En el propio año ha habido diversas otras peculiaridades, fuera de las que constan en la reseña del Secretario; pero no es pertinente hacer aquí reminiscencia de ellas, salvo de una que, por ser vidriosa quiciera ni mencionar, pero me veo obligado a hacerlo porque es fuerza que sea consignada en la historia de nuestra Sociedad.

Los trastornos que han estremecido hasta los cimientos de nuestra nación, y que han movido y cambiado de lugar, y trocado y destruído y creado tantas cosas en estos últimos años, no se olvidaron de la Academia, y por ello hubo de abandonar en el mes de abril el cariñoso modesto nido que la cobijó en la Escuela N. de Medicina desde 1864, albergue que probablemente era causa y efecto del hermanazgo que tenía con la dirección y

profesorado de esa Escuela. El Instituto Médico Nacional nos acogió con amor desde el día 14 de mayo hasta que la Sria. de Instrucción Pública nos proporcionó el local a propósito que hoy inauguramos. Justo es consignar que el Museo Nacional de Arqueología, ambas Escuelas Normales y la de Comercio, nos abrieron sus puertas para que celebrásemos las sesiones, que el Instituto Patológico nos proporcionó una bodega para la biblioteca, y que en la mencionada Secretaría de Estado fuimos singularmente auxiliados por los Srs. Dr. Enrique González Martínez y Lic. Eduardo Tamariz, que mucho aliviaron nuestros disgustos.

SR. SUBSECRETARIO DE ESTADO:

SRES. REPRESENTANTES DE LAS CORPORACIONES CIENTÍFICAS:

Antes de abandonar el puesto que ocupó, me es gratísimo cumplir con una comisión para la que esta Academia me ha diputado: la de dar a Uds. encarecidas gracias por habernos honrado con su presencia en esta sesión.

JOSÉ TERRÉS.